

el cual vive el hombre, y lo contrario sería tan absurdo como el decir que al espectador no impresionan la escena ó el espectáculo que á su vista se despliega.

Esta sucinta digresion metafisica, aventurada de paso y que excusarán mis lectores, basta para probar que el gran filósofo poeta, ó el gran poeta filósofo, deriva naturalmente su carácter, sus ideas, sus imágenes de la escena de la naturaleza que habita y se extiende habitualmente á sus ojos. TAL NATURALEZA, TAL ESTILO; y este dictámen que emito, es un axioma incontestable de alta literatura.

Así David y los profetas son los poetas de la arenosa y monótona Judea, roca calcinada á los rayos solares, en que la sombra de la higuera y la gota de agua son sueños de ventura en la mente de los vates y aun de los reyes; adusta soledad en la cual una naturaleza desprovista de toda mirada risueña, obliga á conversar con Dios para consolarse de pequeñez y esterilidad de la tierra.

Estos sagrados poetas solo poseen dos ó tres imágenes, dos ó tres notas en el arpa, uniformes como el torrente de lágrimas que rezuma en el corazón humano, y penetrantes como los gritos del águila al ver enroscada la fétida serpiente en torno de su tierna prole. La melancolía de que tanto hemos hablado, cuerda grave y fundamental del alma que el dolor agita, no remonta á Virgilio y á la escuela romántica de nuestro tiempo, ni á M. de Chateaubriand, ni á nosotros mismos, sino es parto de la

poesía sagrada de la Biblia, ó por mejor decir, coincide con la primera lágrima y la primera contemplacion de la miseria infinita del hombre.

Cada elemento parece tener igualmente su vate. Los Hebreos son los bardos de la roca. Homero en medio de las ensenadas, islas, espumas, olas y velas de la Grecia marítima, es el cantor épico del mar; sin que resuene el menor impulso sonoro producido por las olas en la playa, ni menor sombra procedente de un promontorio sobre las ondas movedizas, ni menor arrullo del céfiro en las jarcias, ni menor choque del remo en los costados del navio, que no resuene y se pinte en los versos del poeta helénico, cuyo dominio es el piélago, y que parece haber desheredado, por decirlo así, á la posteridad, sin permitirle la facultad de aplicar el menor toque ni dar la menor pincelada para reproducir el vasto ámbito de los mares.

Virgilio y Teócrito celebran la tierra habitada, agrícola ó pastoral, y su poesía mana en versos tan deliciosos como las imágenes, sombras y aguas del paisaje terrestre. Los labradores y pastores debian suspender eternamente estos dos poemas al yugo de sus bueyes, al doble mango del arado, al cuello de la res que camina al frente de los rebaños.

Dante es el poeta de la noche, de las tinieblas, de las apariciones que andan errantes en la oscuridad, de los sueños que molestan la imaginacion del hombre, mientras la sombra nocturna envuelve la tierra.

Milton es el poeta del aire, en cuyo ámbito dila-

tado parece zambullirse el pensamiento del ciego bardo de Albion, como el ave que no teme estrellar su ala contra las paredes del éter. En el ilimitado espacio que divisa su fantasía, nos pinta el sublime poeta la batalla de las falanges celestes fieles á la voz del Altísimo, contra los espíritus rebeldes; cuerpos aereos que ruedan precipitados al abismo, sucumbiendo sin morir y sin chocar jamás contra las asperezas impalpables del elemento ambiente de los mundos.

Camoens, el gran cantor lusitano, es el vate de esa audaz curiosidad que al hombre impele á acabar la conquista del globo terrestre. Embarcado con su genio descriptivo, da vuelta al mundo el osado Portugués, dobla el cabo de las Tempestades, canta al pié del mástil que parte el rayo, y salva nadando del furor de las olas su vida perecedera y su vida inmortal depositada en su poema. Camoens es el poeta épico de la gran navegacion, como Homero es el cantor de travesías limitadas y el épico geográfico por excelencia.

Aun no ha nacido el poeta de las ciencias astronómicas, á quien Dios seguramente guarda los tesoros de su creacion. Este será el mayor de todos ¿pues qué viene á ser la tierra comparada á los astros del firmamento?

En cuanto á Job, lo repetimos, es el poeta del desierto. Ahora bien ¿qué viene á ser el desierto? Es el espacio; ¿y cuál es el símbolo del espacio? El infinito.

Luego en otros términos y mejores, Job es el poeta del infinito.

Del desierto deriva el fondo de su poema, su inmensidad, sus colores, sus imágenes, su estilo. El infinito concentrado y repercutido en la reducida concavidad del pecho de un hombre, tal es Job.

## XXII

Durante nuestros viages quisimos experimentar por nosotros mismos, y cerciorarnos mediante nuestro propio sentimiento de la impresion que deja en el alma humana el espectáculo del desierto; en otros términos, resolvimos tentar la prueba del infinito, si es lícito aventurar expresion tan osada. ¿Pero en quién debía recaer la prueba del desierto y del infinito? En un hijo de Europa, en un sér extenuado y consumido por lo que llamamos civilizacion; en un hombre de inteligencia ordinaria, imaginacion reducida, fibras de carne en lugar de fibras de bronce; en una criatura amamantada con leche de muger en lugar de tuétano de leones, alimento de Job. ¿Qué viene á ser un hombre semejante comparado al anciano de la tierra primitiva, al Titan tendido en un muladar y apostrofando á su Criador sentado en su estrellado solio? Nada... mas no importa; á ningun otro podia confiar semejante prueba, y de cualquier modo que se me juzgue, el

desierto era siempre el desierto. *Quise ver y ví*, como dice el poeta.

## XXIII

Me remito á los libros en que se hallan depositadas mis impresiones. Hacia tiempo que abrigaba esta idea en mi ánimo, antes de atravesar el mar, deseoso de dar temple á mi pensamiento en otras olas aéreas que las que respiramos en nuestra reducida Europa.

Una convicción que siempre he abrigado, es que cambiar de clima es cambiar de alma; que la trueque en el punto de vista acarrea la mudanza de aspecto en la contemplación y apreciación de las cosas, y que el espacio es tan necesario al pensamiento como á los ojos.

Talera seguramente el pensamiento divino cuando, al aprisionar al hombre en este bajel tan reducido desde la popa á la proa, le dió á lo menos por horizonte ese espacio sin fondo del firmamento que excita incesantemente la humana mente á sumergirse en ese ámbito poblado de mundos sin fin, é impele al alma á ascender en eterna busca del infinito, de astro en astro, de via lactea en via lactea, como por gradas fulgurosas y sucesivas de su inmensurabilidad. Sin este espacio en el cual á lo menos puede huir nuestra aspiración anhelosa, no sería habitable esta tierra.

Aun mas diré: siempre he estado convencido de que la diversidad del horizonte, la posesión de cierto espacio material, en una palabra, la locomoción, era no solamente una condición de grandeza en la imaginación y en el alma, sino también una condición de exactitud en el humano juicio.

Mil veces me he convencido por mi propia experiencia, de que si no mudaba de lugar, de residencia, de horizonte, me era imposible cambiar de ideas; que estas ideas, idénticas siempre, á consecuencia de la monotonía del mismo medio en el cual habían sido concebidas, acababan por petrificarse ó estancarse fétidas, corrompiéndose y alterándose en consecuencia.

Así, hasta cierto punto el movimiento es tan necesario á la inteligencia como el aire mismo.

¿Quién no ha podido convencerse de que, después de una larga navegación, ó tan solo á consecuencia de un paseo al aire libre y bajo la bóveda celeste, regresa el ánimo con ideas tan sanas como nuevas, y al mismo tiempo con un restablecimiento en el corazón que hace ver las cosas bajo un aspecto mas extenso, y por consiguiente mas exacto y verdadero?... Este efecto depende de que el espacio, elemento de grandeza y de verdad, y al mismo tiempo óptica de las ideas, llega á penetrar en cierta proporción en nuestro sér, al paso que la extensión consigue modificar y rectificar el rayo visual de nuestra alma.

Desconfiemos de la exactitud de las ideas conce-

bidas por un solitario aislado de la suprema naturaleza y sumido en un calabozo, en una celda, ó entre las cuatro paredes de una biblioteca; desconfiemos no menos de la exactitud de las ideas concebidas por uno de esos doctos profesores, abstractos, sedentarios, encerrados exclusivamente en la monotonía de un estudio ó de una ocupacion única, pues la uniformidad del punto de vista escaso bajo el cual consideran las cosas, acaba siempre por torcer su mirada y abollar su espíritu. Todos esos matemáticos especulativos, mecánicos ingeniosos, egregios industriales, escritores estupendos como J.-J. Rousseau, artifices consumados, inventores de admirables procederes destinados á perfeccionar sus respectivas profesiones, perecen por falta de movimiento y espacio, y la estagnacion en su vida é ideas acaba por deteriorar y obsecar la inteligencia en todo lo que no atañe al ramo especial que cultivan.

Acordémonos que todas las ideas falsas, todos los sueños incoherentes, todas las utopías absurdas en política, todos los sistemas descabellados destinados á reformar la sociedad, en una palabra todos los partos calenturientos que han visto la luz de treinta años á esta parte, brotaron de la imaginacion abrasada de esos doctos sedentarios concentrados en la contemplacion exclusiva de una profesion ú ocupacion única, desprovistos de aire en el pecho, de movimiento en los piés, de espacio en los ojos, de universalidad en el punto de vista; de esos sabios de reclusion laboriosa, consagrados á su mecanismo, á

sus cifras, ocultos en sus bibliotecas; de esos hombres *unius libri*, como los antiguos los llamaban, y contra quienes nos precave el adagio latino.

## XXIV

El comunismo, que puede definirse el suicidio colectivo y simultáneo de la humanidad, nació en los talleres, parto de la inteligencia de algunos proletarios dolientes, lacerados, quejosos de la iniqua y reducida cuota que recibían de los dones de la naturaleza, pero completamente ignorantes de las quinientas mil formas que afecta el salario en la tierra; sin sospechar siquiera que al abrogar la propiedad para el individuo, lo efectuaban para con la masa, que esta abrogacion acarrea forzosamente la del trabajo, y que al suprimir el campo, suprimían la cosecha y con la cosecha la vida. Si esos hombres tan familiarizados con la lanzadera y el punzon, hubiesen tenido una idea del arado que los hacia vivir, del buque que trasporta sus productos, de la moneda que los paga, del lujo que los consume, de la heredad de la posesion que solo da á las cosas poseidas su justo valor, jamás hubieran permitido que invadiesen sus imaginaciones sedentarias los sandios desbarros de la comunidad de bienes. ¿A qué debe atribuirse sus delirios sino á la carencia de horizonte para sus ojos, y de espacio para el

pensamiento? La predominancia exclusiva de una idea desquicia á éste y lo impele en el dominio de la demencia, como el aislamiento completo vuelve loco al encarcelado.

## XXV

El san simonismo procedió del aislamiento y tiranía de la idea económica en una inteligencia vigorosa de economista, con exclusion y perjuicio de toda otra idea política ó moral. Lejos de mí la idea de confundir este sistema científico, con la teoría brutal del comunismo que proclama la igualdad de bienes y salarios. El san simonismo no pasa de un abuso, de una incontinencia de ciencia en algunos adeptos de la economía política; y si no hubiese visto la luz en la biblioteca de un sabio, si no hubiese sido el producto de la cópula esteril de la utopía y del número, hubiera revelado á la administracion pública, al comercio y á la industria, muchas verdades prácticas de que era importador en Europa. Pero en lugar de incubar estas verdades al aire libre, las incubó prescindiendo absolutamente de las demas ideas, y este aislamiento le fué fatal pues descarrió su juicio. Así, en lugar de irradiar como una aurora, se vió reducido á las proporciones de una secta, y desgraciadamente faltóles la mirada del espacio á los sectarios, no menos que al pontífice.

Así, es de observar que desde el día en que sus apóstoles se esparcieron para viajar en toda la tierra, hallaron juntamente con el aire libre la sensatez de que carecian. Sectarios y utopistas, al ponerse en camino, regresaron de sus viages acreedores al título de los primeros económicos y mas consumados hacendistas de sus siglos; tan cierto es que en sus peregrinaciones, se penetraron de la luz que al alma inunda no menos que á los ojos, y revistieron, en cierto modo, la extension del espacio sin límites.

## XXVI

El furierismo nació en un escritorio mercantil, fruto del aislamiento y estagnacion de una idea exclusivamente comercial en la cabeza de su autor Fourier, á cuyos ojos la sociedad no pasaba de un libro en partida doble oscilando por pérdidas y ganancias, hasta una liquidacion ulterior operada por la misma eternidad. El aislamiento de esta idea acabó por abrasar los sesos de su fundador, quien de fabricante se volvió taumaturgo, al paso que su escritorio cerrado al aire libre se pobló de visiones. El entusiasta socialista promete al hombre embelesado por los números, que la asociacion acabará por trasformar integralmente no solo su naturaleza, sino hasta las leyes mismas de la creacion, llegando á tomar otro rumbo la tierra, el océano, el aire, el

fuego, el mismo sistema planetario, precioso cofre lleno de fulguosas joyas y propiedad del mismo Dios. Por último, expirando por el peso de sus milagros, ha dejado en pos de sí una utopía no menos funesta (pues toda mentira es perjudicial) : la utopía de la perfectibilidad continua é *indefinida* del hombre en la tierra, utopía cuyo postrer resultado lógico, procediendo de consecuencia en consecuencia, sería éste : no fué Dios quien crió al hombre, sino tal vez el hombre quien crió á Dios, pues ¿cual sería el límite de esta ascension indefinida y continua de la humanidad, destinada á dejar á Dios atras en su camino ?

Lo mismo podríamos decir de los demas sueños humanos nacidos en los calabozos, en las celdas, en los talleres, en las bibliotecas, en los mostradores, en los laboratorios y demas parages cerrados al aire libre. ¡Estraño fenómeno! por do quier falta el espacio mengua la verdad : tan misteriosa analogía existe entre la extension de las ideas y el dilatado ámbito de los horizontes; efecto que no debe sorprender si se considera que el alma no es independiente de los sentidos.

Por este motivo diremos, volviendo á tratar de Job, que el poeta del desierto es el mas vasto de los poetas. . . . .

## XXVII

Hace veinte cuatro años que, al embarcarme por primera vez para el Oriente, expresaba en los siguientes versos la vehemente curiosidad que me acosaba de sentir en mí mismo la impresion del desierto :

. . . . .  
 . . . . .  
 . . . . .  
 . . . . .

« Aun no he surcado el piélago arenoso mecido por el soporoso vaiven del bajel del desierto; aun no he apagado mi inagotable sed, á la hora del sol cadente, en el pozo de Hebron cubierto con tres palmas; aun no he extendido mi manto bajo las tiendas, ni dormido en el polvo en que removia Dios á Job, ni al susurro de la lona que palpita al impulso del viento, he llegado á sentir, oculto en la tienda patriarcal, bañada mi mente por los sueños de Jacob.

« De las siete páginas del mundo aun me queda una por leer; ignoro cómo la estrella trémula centellea en los cielos de esas regiones, ni el peso de la nada bajo el cual respira el pecho humano, ni cómo late el corazon al acercarse á la divinidad, ni cómo al pié de una columna de la cual descende sobre el bardo la sombra de los antiguos tiempos, habla al